



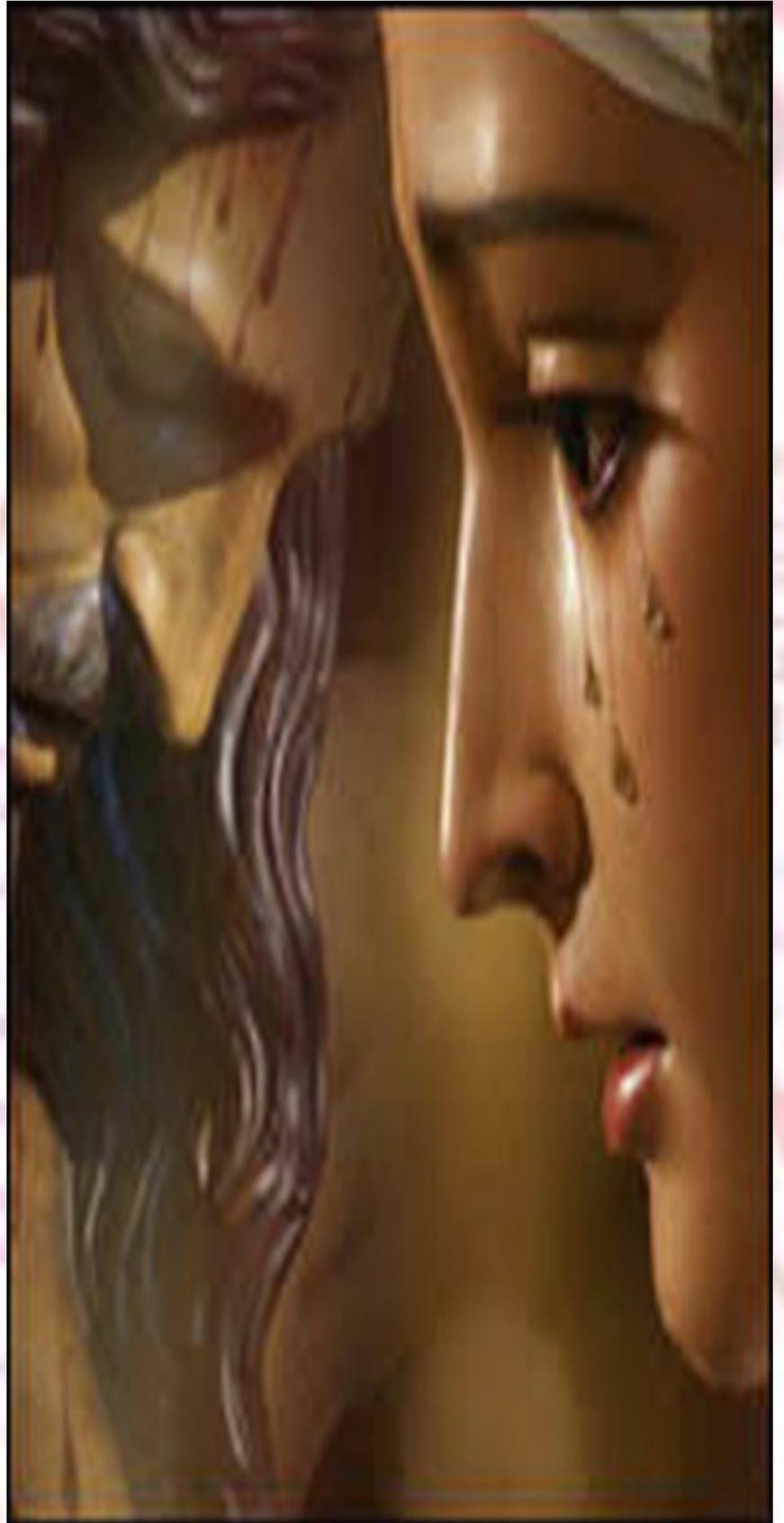
**PARROQUIA ASUNCIÓN NTRA. SRA
POZUELO DE ALARCON**



**ESCUELA
DE
MARIA
DE
CUARESMA**

**MARÍA
EN LA
PASIÓN**

**SÁBADO
15 MARZO
19:45**



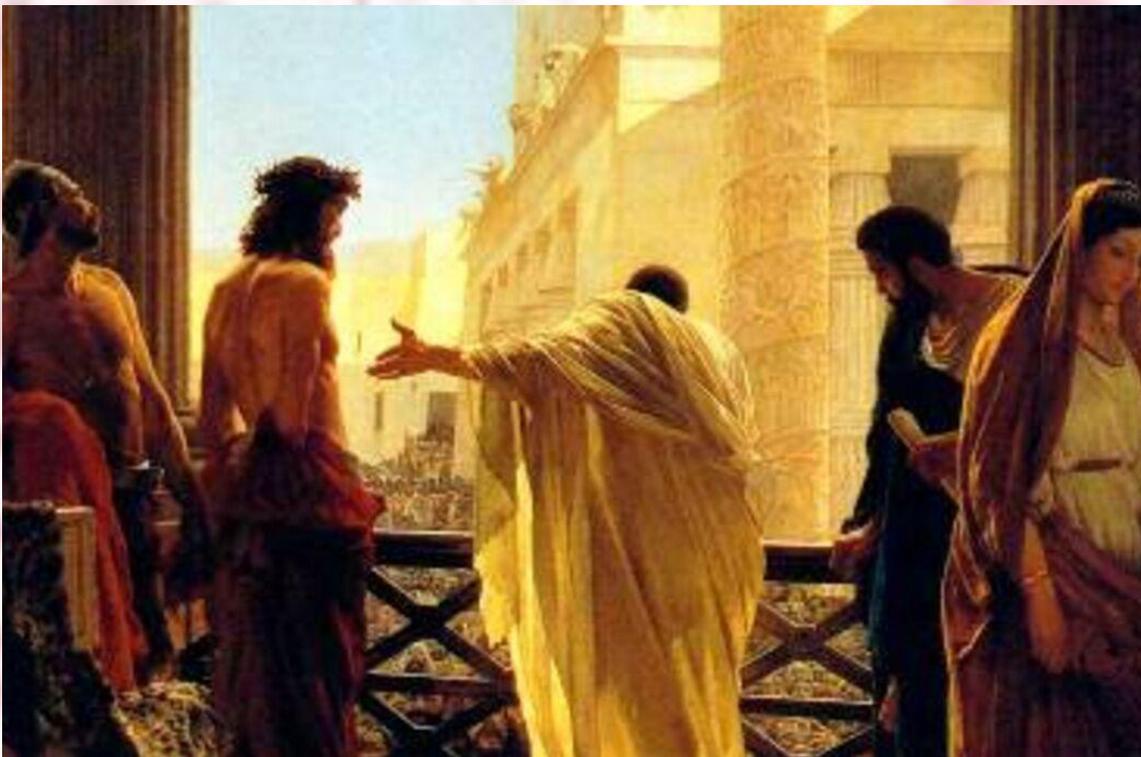
Nos encontramos ya en Cuaresma. El 5 de marzo celebramos en toda la Iglesia el "Miércoles de Ceniza". Con él comenzamos a vivir los cuarenta días que preceden a la Semana Santa. Es santa porque en esos días Cristo mismo nos invita a incorporarnos a su muerte y resurrección.

Nos encontramos aquí reunidos para la Escuela de María de Cuaresma de este Año Jubilar como Peregrinos de Esperanza. Como cristianos, nuestra esperanza se funda en la victoria de Cristo, con su Cruz y Resurrección, sobre el pecado y la muerte. Testimoniar esta esperanza significa vivir con la certeza de que nada ni nadie, podrá separarnos del amor de Dios.

La esperanza cristiana nos impulsa a ser luz en medio de las tinieblas, a consolar a los que sufren y a trabajar por un mundo más justo y fraterno.

Este Jubileo es una ocasión para recordar que la esperanza es también una tarea: debemos cultivarla y compartirla con generosidad.

Cuando condenaron y rechazaron a mi hijo me di cuenta de que yo también era condenada y rechazada, mi deber, el sentido de mi vida y mi dedicación eran condenados y rechazados. ¿Sabes cómo se siente uno al sentirse rechazado, condenado y tirado al suelo todo lo que había amado en su vida?



Si te ha pasado eso acude a mi hijo, con él todo lo que ya no tenía sentido lo tiene porque él le da un sentido nuevo.

Al ver a mi hijo cargar con la cruz sentí una voluntad infinita de socorrerle y la indescriptible impotencia de no poder hacerlo fue como un cólico doloroso. Surgió entonces una pregunta llena de angustia: ¿Por qué el mal es tan poderoso en el mundo? ¿Existe acaso algún rincón donde la bondad reine y la justicia ilumine a los hombres? Reconocí que mi hijo es ese rincón en el mundo. Él quiso tomar la multitud de los



males de los hombres para que muriesen en su muerte. El mal es la fuente del sufrimiento, pero el sufrimiento aceptado vence al mal. Cuando pierdas a tus seres queridos mira hacia adelante hacia el reencuentro en la eternidad y no hacia el vacío que queda detrás de ellos, ya que esto es una

amenaza para encerrarte en la compasión por ti mismo.

Al ver a mi hijo caer surgía en mí el deseo de que se levantase y siguiese viviendo, pero también sabía que iba a la muerte. Como madre que soy, quería que se prolongase su vida, pero él debía morir y la muerte estaba por llegar. Me había hablado de eso muchas veces y yo lo comprendía todo, pero el corazón de una madre no lo acepta. Los pasos del hombre hacia la muerte no pueden retrasarse, la vida la tenemos para darla; no para guardarla. Es inútil luchar para que se guarde lo que no es guardable. Dar, regalar, es el sentido del hombre.

En el camino hacia el Calvario me encontré con mi hijo. Jamás olvidaré esa mirada profunda como si hubiera buscado a alguien que entendiese esa condena tan absurda. Todos decían que él era el traidor del pueblo y que según la ley de Moisés debía morir. Yo soy judía y la ley para mí es sagrada. Mi corazón se rompía. Le miré a los ojos para que supiera que con todo mi ser estaba a su lado. El mal sedujo a los hombres para que no viesen que mi hijo es el Hijo de Dios y el Salvador del mundo.

Consolar es decirle a quien está a tu lado que permaneces con él, que no lo abandonarás, que le serás fiel.

De repente vi que el cortejo se detuvo. Me tembló el corazón. ¿Qué ocurre? Entonces vi cómo obligaron a Simón de Cirene a que cargara la Cruz de mi Hijo. Miré como detrás de Simón iba Jesús, titubeando por el cansancio. Yo tenía la sensación del dolor de cada una de sus heridas. Creía que había un sentido en el



rechazo que le tenían. Solíamos hablar de eso muy a menudo durante noches largas, especialmente después de la muerte de José. Pero, me preguntaba ahora a mí misma si habría dolor semejante al mío ... En ese estado, la bondad ilumina al hombre,

añadiéndole la fuerza para no hundirse. Vi esa bondad en Simón, que ayudaba a mi Hijo a cargar la Cruz; ya no estaba sola al lado de mi Jesús. El mal iba perdiendo su fuerza y credibilidad. Sabes, la bondad se expande muy pronto de corazón a corazón. Hay bondad en cada persona, ella es tu cómplice. Todos los hombres, en la profundidad iluminada de sus corazones, están contigo. Ahí está escondido el fósforo de la compasión. Cuando el fósforo se inflama, quema todo el mal. La llama del amor destruye muchas culpas y delitos y por eso hay lugar para la esperanza en el mundo.

Veía la faz de mi Hijo: ensangrentada, sudorosa y deformada. Si tan solo hubiese podido enjugar su rostro ... Verónica leyó ese deseo en mis ojos, se esforzó en llegar hacia Él y le ofreció su pañuelo. Lo tomó y enjugó su rostro. Eso me dio consuelo por un instante y Jesús vio que había quienes estaban a su lado. Cuando Verónica regresó, ambas contemplamos el rostro de Jesús en el pañuelo. La



imagen de Dios está en el rostro de cada persona que sufre. "Todo lo que haces a uno de mis hermanos, me lo haces a mí", dijo Jesús. Es bueno curar las cicatrices de los rostros de los hombres, para que en ellos brille el rostro de Jesús. A Dios se llega a Través del amor hacia el hombre. Ahí es donde se experimenta enseguida la cercanía del Señor. Es necesario esforzarse en caminar hacia el hombre,

entender sus lamentos, permanecer al lado de quien está abandonado.

Caer bajo el peso de la Cruz significaba abrir nuevas heridas. Jesús ya era toda una herida. Cada caída podía ser la última, por causa de una herida nueva o por la rabia de los soldados. Por eso, cada tropiezo de Jesús me dolía mucho. Sabía que Jesús es Hijo de Dios y no únicamente mi Hijo. Como una espada clavada en el corazón, así sentí la crueldad humana. Ellos mataron a su Creador con sus enormes desprecios. ¿Qué puede esperar el mundo del futuro mientras está matando a su fuente, al Todopoderoso, a las raíces y al corazón de su ser? Es un milagro que el mundo todavía exista. ¿Qué es lo que lo sostiene? Lo sostiene mi Hijo bajo el peso de la Cruz. Sobre sus hombros ha caído toda la malicia del mundo. También hoy, Él es quien lo soporta para que no se precipite hacia la autodestrucción; solo por eso tiene futuro. Jesús cae para que el mundo se levante a un nivel espiritual de amor hacia la humanidad y existe porque Jesús lo ama. Apóyate en su caída y permanecerás en pie y fiel. Te ofrezco mi mano. Te guiaré para que ames al mundo igual como lo ama Jesús.



En medio de los gritos, maldiciones, burlas y confusión, se oyó el llanto, las voces de la tristeza. De los ojos de las mujeres de Jerusalén salían lágrimas. Pensé cómo iba a reaccionar Jesús... Él



aceptó el amor que le tenían y comenzó a consolarlas. Les advirtió la seriedad de la existencia humana. Si el Hijo de Dios sufre la rabia de la maldad humana, significa que por ese camino irían también sus seguidores. Es necesario entonces

llorar por toda la humanidad. El sufrimiento más grave no es el físico, sino que el peor y el más doloroso es el moral, porque ese no lleva a la muerte física sino a la muerte eterna. El mundo está impregnado de estos suplicios. Jesús llora por ello y a ellos se enfrenta, decidido a desenmascararlos y destruirlos. Hay sufrimientos por los cuales uno tiene que agradecer a Dios porque son redentores y hay algunos físicos que ayudan a superar los morales, a volver hacia lo legítimo de la conciencia y del Evangelio. No esperes la consolación de los hombres en ese camino, aunque sea algo noble, porque no te fortalecerán para grandes obras. En los momentos de angustia y dolor, busca consuelo de Dios. Únicamente en Dios se encuentra la fortaleza y la salvación, confía en Él en todo momento.

Ninguna caída pudo detener a mi Hijo para que no llegase al Calvario. Había una fuerza incomprensible que lo impulsaba. Igual que nosotros nos esforzamos por conservar la vida, así se esforzaba Él por entregarla. Jesús vivía en una dimensión muy distinta a la que viven los hombres. Caer y gritar de dolor bajo el peso de las tentaciones no es señal de debilidad sino caminar hacia la trascendencia. Las caídas nos recuerdan quiénes somos, de qué fuimos creados y hacia dónde vamos. Nos advierten que somos pasajeros y no habitantes de esta tierra. Hay que enraizarse a lo que no se acaba, a las virtudes



del espíritu, a Dios y a su plan para nosotros.

Cuando nos olvidemos de esto llegarán los golpes, las enfermedades y el dolor nos recordará que una vez más hemos rechazado la auténtica meta. La cercanía de la muerte nos convencerá de que es urgente regresar hacia la búsqueda de la verdad y a la entrega, al Amor. Todos estos son mensajes del cielo, enviados para que no nos perdamos. No temas, el amanecer vendrá, las tinieblas desaparecerán, los enemigos del hombre se perderán. No te detengas en el pecado de este momento, en la enfermedad presente, en la decepción de ayer ni te fijes en lo negativo. Los golpes están aquí para abrirnos los ojos y volvernos al Padre.

Mientras voy subiendo al Calvario detrás de mi Hijo recuerdo las palabras proféticas de Simeón: una espada atravesará tu corazón. Jesús fue rechazado y condenado injustamente. Le golpearon, azotaron, escupieron su rostro, hicieron sangrar su cabeza con la corona de espinas, cargaron sobre sus hombros una cruz muy pesada y le llevaron junto con dos criminales al lugar de la crucifixión. Le quitaron su honor, la libertad, la vida. Tiraron al barro su dignidad y violaron profundamente su intimidad. De esta forma, querían despreciarlo y echarlo fuera del mundo de los vivos y de la historia de la humanidad. Todas esas espadas me traspasaron el corazón y me hirieron en lo más profundo de mi ser. Soy su madre y por eso añoraba que fuese grande, honrado, feliz y libre. Creía en su mandato de mesianismo. Ahora tenía que buscar dentro de mi corazón nuevamente y sólo así pude estar cerca de Él; debía renunciar a todos los sueños de madre y aceptar la voluntad de Dios. Sabía que ningún pensamiento humano tenía que quedar dentro de mí, sino dejarlo todo y revestirme con la mentalidad de mi Hijo. Mientras transcurra tu vida y los años vayan pasando, tal como pueden cambiarse y quitarse los vestidos, no te lamentes. Vístete con lo que no es pasajero, con lo que es de Dios, con lo celestial. Ahí está la fuerza para resistir los golpes que te da la vida, pues vendrán a cuestionar, atentar la fuerza de tu fidelidad a la infinita misericordia de Dios.



Observaba mientras lo crucificaban. Él ya no podía ir por el mundo curando cada enfermedad y cada dolencia. La Cruz era su última estación. Observaba qué lejos se me iba, se iba de mi vista y no podía detenerle. Él se iba y yo me preguntaba si existiría siquiera un lugar en la tierra donde podría vivir. Todo lo que tenía y todo lo que era, se iba con Él. ¿Cómo volver del calvario si yo ya no existía, si estaba clavada en la Cruz con Él, si estaba muriendo? Mientras se oía el pérfido ruido de los golpes del martillo, una especie de horror llenaba todo el calvario. Ahí era donde la humanidad estaba matando a su Creador. Ahí fue donde la malicia del mundo llegó a su colmo.



¿Quién limpiaría el mar de la maldad en el mundo? Mi Hijo Jesús dejó que el infierno del mundo cayera sobre Él para tirarlo en la muerte junto consigo y con la resurrección crear un mundo mejor. Eso me daba fuerzas para aguantar toda la crueldad de los asesinos y los jueces. Lo importante es que el espíritu sea fuerte, así el cuerpo, que es débil, también soportará.

Un grito doloroso se extendió por el Gólgota cuando elevaron a mi Hijo en la Cruz. Recordaba cómo Abraham, el padre de mi pueblo, iba a sacrificar a su hijo Isaac, cómo mi pueblo sacrificaba el cordero de Pascua ... sacrificios innumerables se ofrecían en el templo de Jerusalén. Ahora se ofrecía el sacrificio único, divino, cordero sin pecado, Hijo de Dios e hijo mío. La historia de la humanidad ahora es libre de la esclavitud de las culpas y goza de entrada libre a la patria en la que entró primero mi Hijo a través de la muerte. Se acabó la esclavitud y comenzó el retomo universal al Padre. La Cruz es el nuevo altar. La ofrenda, el sacrificio no significan destrucción sino transformación, no es la muerte sino la vida, no es el fin sino el comienzo. Oí cómo Jesús entregó su vida en las manos del Padre; yo también se lo ofrecía y me entregaba a mí misma al Todopoderoso.



Entonces Jesús me confió a Juan y a todos los que son fieles a Su camino. Me hizo madre de multitudes de pueblos. Luego expresó su obediencia al Padre diciendo: "Todo está cumplido", todo aquello que quiso el Padre. Un mundo nuevo se iniciaba. En el Calvario se acabó el camino del mundo viejo. ¡Vuélvete a casa y cree en la Buena Nueva!

Después de que el mal expresara hasta su última gota la rabia a Jesús, pudimos **acercarnos y encargarnos de su cuerpo muerto. Mientras le tenía en mis brazos,** recordé el momento en que en el pesebre le tomé por primera vez. Nació en el destierro y sería enterrado en el destierro. Nació en una casa que no era la suya y le enterraríamos en un sepulcro perteneciente a otro hombre. No tenía dónde reposar la cabeza; no le recibieron en Belén, en Nazaret quisieron tirarle de una roca, en Jerusalén le crucificaron. Mientras miraba su cuerpo muerto, la espada de dolor abrió una nueva herida. El cuerpo que llevé bajo mi corazón con el más tierno amor, que alimenté y acaricié, estaba masacrado, mutilado, apuñalado, era difícil reconocerlo. Unos treinta años atrás, le había traído a este mundo y en ese momento era quien había de llevarlo fuera de este mundo. Por entonces estaba alegre y orgullosa de haber dado a luz a mi Hijo, pero en aquel viernes le estaba preparando para enterrarlo, humillada e infinitamente triste. Mientras José de Arimatea y Nicodemo, junto a Juan y las mujeres, bajaban de la cruz el cuerpo de mi Hijo, mi mirada se fijaba en el leño de la cruz. Al comienzo de la humanidad, del árbol del conocimiento del bien y del mal, el primer hombre y la primera mujer habían tomado el fruto de la desobediencia y la desconfianza hacia su Creador.



Ahora estábamos tomando de la madera de la cruz a mi Hijo, cuya misión era cumplir la voluntad del Padre. Pensé: aquí se está terminando la desdicha de la humanidad. Es importante descubrir el plan de Dios, aunque sea en el sufrimiento más absurdo, tomar el pensamiento del Creador y dentro de él encontrarle un sentido. Entonces será posible soportar todas las humillaciones e injusticias. Sobre el sufrimiento de Jesús flotaba la esperanza de la resurrección y era eso lo que me sostenía.



Era ya la puesta del sol. Teníamos quedarnos prisa con el entierro porque era sábado por la tarde y la preparación de la pascua judía. Mientras íbamos hacia el sepulcro, no pude conformarme con la idea de la despedida final. Él nos había dicho a mí y a los discípulos que el tercer día iba a resucitar. Eso me daba esperanza ... imaginaba que iba a nacer de nuevo al mundo, que vencería al Mal y establecería relaciones fraternas entre los hombres. Tal como creí al Ángel Gabriel cuando me dijo que Jesús iba a nacer de mí, así le creí a Jesús cuando me dijo que iba a nacer de nuevo de las entrañas del sepulcro. Algo indestructible se percibía en el aire. Los adversarios tenían miedo al sepulcro, los apóstoles presentían la resurrección y yo rezaba y confiaba.

Mi corazón de madre me decía que las palabras de mi Hijo se cumplirían. Pasé la noche esperando, sin dormir, aguardando el tiempo con impaciencia para que terminase el sábado cuanto antes y con amor confiaba en que su sepulcro se convertiría en lugar de una vida transformada. Los guardias aseguraron el sepulcro y los apóstoles habían cerrado las puertas con llave, por temor a los judíos.

Me parecía que el tiempo no pasaba, como si los cielos y la tierra hubiesen detenido el aire ante la espera de lo que iba a suceder. El Hijo de Dios había cumplido todo lo que el Padre quería. Ahora tenía que actuar el Padre. Los sepulcros ya no son lugares de tristeza desesperada ni de la última despedida porque el Hijo de Dios bajó al sepulcro. La vida eterna nace.



En la mañana del domingo, el alba de la nueva humanidad se levantaba. Todo ocurría tan rápido como la luz de un rayo. El ángel abrió el sepulcro y los guardias temblaron por el temor. Las mujeres corrían a compartir la noticia, mientras que Juan y Pedro corrían sin ni siquiera respirar para convencerse de que lo que ellas decían era cierto. Jesús apareció vivo, transformado, a la derecha del Padre, Rey de los reyes y Señor de los señores. Como un tiro de piedra se estaba propagando el mensaje de Jesús: "¡No temáis, paz a vosotros, solo confiad! Mirad mis brazos y mis piernas. Soy yo". Se cumplió todo lo escrito en la Ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos. La noticia se extendía muy rápido. Como la antorcha de la paz, unos decían a otros: "¡De verdad resucitó el Señor y apareció ante Simón!".



Mi espíritu aclamaba a Dios con gozo. Tenía cada vez más claro por qué mi Hijo dijo a Juan desde la cruz. "Ahí está tu madre" y luego a mí: "Ahí está tu hijo". Me anunció que yo participaría en el nacimiento de su cuerpo –la Iglesia-, por medio del mismo Espíritu en que le concebí. Sería, por la misericordia de Dios, Madre de la Iglesia. Otra vez le repetí mi firme y fiel Sí, hágase en mí según tu Palabra. Desde entonces, llevo a todos los creyentes y a todas las personas en mi corazón. Deseo solamente llevaros a mi Hijo y que sean así salvados y portadores de la salvación a otros en las sendas de la historia. Me alegro por este encuentro en el camino hacia la cruz de mi Hijo. Que, de ahora en adelante, vuestras vidas retornen siempre hacia la luz de la resurrección, que lleven la Buena Nueva a cada hombre.



ORACIÓN

Padre, gracias por esta vía en la que, con María, seguimos a Jesús. Ya no soy el mismo. Voy a vivir por otros, como Jesús, estoy decidido a caminar por el mundo haciendo el bien. Iluminado por la luz de la cruz y con la resurrección, reconozco en Jesús el corazón del mundo. Ahora sé a quién me he confiado. Mis decisiones las pongo en tus manos, Padre. Fortaléceme, levántame, cúrame y llévame de la mano hacia el fin de mi Vía Crucis. Gracias por tu Iglesia, dentro de la cual y junto a otros, camino hacia Ti. Que vivamos la cuaresma con auténtico espíritu de compromiso.

Que la Esperanza sea para nosotros el horizonte del camino cuaresmal hacia la victorial pascual

Nos consagramos a María y decimos:

**Oh señora mía, oh madre mía,
yo me ofrezco enteramente a ti.**

En prueba de mi filial afecto

**te consagro en este día,
mis ojos, mis oídos, mi lengua,
mi corazón,**

en una palabra, todo mi ser.

**Ya que soy todo tuyo,
oh madre de bondad,
guárdame y defiéndeme como cosa
y posesión tuya.**

Amén.